

REVISTA ESPIRITISTA.

PERIÓDICO DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESUMEN.

Seccion doctrinal: La unidad religiosa.—Reflexiones sobre la reencarnacion, obras póstumas.—Nuestro sistema planetario: XI Neptuno.—*Disertaciones espiritistas:* El sueño natural y el sueño somnábulo.—*Varietades:* Las paradojas de la ciencia, por Camilo Flamarion, (continuacion).—*Miscelánea:* Persecuciones infructuosas.—El libro del Sr. Villegas.—El Espiritismo en la escena.—Otra evasiva.—Una obra corregida.—Una impugnacion.—Opusculo notable.

SECCION DOCTRINAL.

LA UNIDAD RELIGIOSA.

¿Se verificará un día la unidad de las creencias religiosas, en cuanto á sus principios fundamentales? ¿El Espiritismo, está llamado á realizarla? Hé aqui, concretamente planteado, el problema que nos proponemos estudiar.

Sabido es que la ley providencial del progreso, cuyo objeto es impulsar á la humanidad hácia lo más bello, más bueno y más verdadero, rige constantemente en todas las evoluciones, así morales, como intelectuales, á pesar de los grandes obstáculos que se le interponen. Rigiendo, pues, dicha ley, ha debido naturalmente impulsar á todas las religiones que se titulan la genuina representacion de las ideas morales. Pero ¿cómo es que vemos que las unas han desaparecido, siendo reemplazadas por otras, y que en éstas hánse suscitado divisiones y subdivisiones, que si algo indican es un estado de retroceso y descomposicion moral? ¿No podríamos decir que semejante estado es contrario á la observancia de la referida ley del progreso, ó que se nos presenta aqui un problema de difícil solucion?

De todas las creencias religiosas, el Cristianismo es, sin duda, la que más

nos interesa bajo todos conceptos; así es que casi exclusivamente vamos á ocuparnos de él en el presente escrito, pudiéndose no obstante, deducir por analogía las mismas consecuencias respecto de las otras. Mas, ante todo, creemos necesario referir sucintamente los hechos más importantes de la historia del Cristianismo, á fin de que, si alguno de nuestros lectores no los recuerdan, puedan, teniéndolos aquí presentes, formarse con conocimiento de causa, concepto más claro de nuestras afirmaciones. Los hechos á que aludimos, son los siguientes:

Division del Cristianismo, en los primeros siglos, en diferentes sectas.—Grandes Concilios de Nicea, Calcedonia, Constantinopla y otros, con el objeto de establecer la unidad de creencia.—Apogeo de la unidad, representada por los Papas, durante la edad media, aunque en cierto modo permanecen independientes las iglesias de Oriente.—Separacion definitiva de las iglesias griega y latina, desde los tiempos de Focio.—Los anti-papas, ó cismas católicos romanos.—La reforma representada por Lutero, Calvino y otros, creando en la mayor parte de Alemania, la Escandinavia y parte de la Francia, diferentes iglesias separadas de Roma é independientes entre sí.—Inglaterra se separa también de Roma, en tiempo de Enrique VIII, constituyendo la iglesia llamada anglicana.—La Escocia hace otro tanto, constituyendo la presbiteriana.—La iglesia rusa se separa de la griega, á la que estaba unida desde su creacion.—Varios fraccionamientos y escisiones en el seno de las principales sectas protestantes, que dieron por resultado la formacion de distintas iglesias.

En nuestros tiempos: Desaparicion del poder temporal de los Papas.—Protestantes que se hacen católicos romanos y *vice-versa*.—En el seno de la iglesia anglicana, señales ciertas de descomposicion, puesto que cada dia aumenta el número de los disidentes.—En Alemania, Suiza y otros puntos, tendencias manifiestas á una separacion entre los católicos, que se llaman á sí mismos *viejos*; porque no reconocen el *Syllabus*, ni la *Infalibilidad*, y admiten, por otra parte, ciertas reformas.—Católicos partidarios del progreso moderno, y otros católicos que lo rechazan.—Tentativa de siete presbíteros para la creacion de una iglesia española, independiente de Roma.

Este es el estado que nos ofrece el Cristianismo desde sus primeros tiempos, hasta los actuales inclusive. La unidad de creencias no ha existido nunca; y si bien en la Edad Media pudieron los Papas realizarla en cierto modo, salvo empero en cuanto á las iglesias de Oriente, no tardó mucho en ser quebrantada, precipitándose, si así puede decirse, cada dia más

las divisiones, subdivisiones y escisiones. hasta llegar á la situacion en que actualmente la vemos.

¿Mas cómo—se dirá desde luego—siendo la verdad el talisman más poderoso contra cualquier fraccionamiento, y poseyéndola el Cristianismo, ha llegado éste á los que hoy le desgarran? ¿Y cómo, por otra parte, hallaremos en su presente estado la observancia de la ley del progreso? Prescindiendo por ahora de la legítima causa, que haya contribuido á ello, probaremos no obstante, que ningun fraccionamiento ha perjudicado en nada á la verdad del Cristianismo, ni servido de obstáculo al impulso de la ley del progreso.

Efectivamente, si tratamos de buscar la verdad en las creencias religiosas; si queremos encontrar la observancia de la ley del progreso, no debemos mirar ni atenernos á las formas, á los simbolos, ó á ciertos dogmas, que han cambiado segun los tiempos y circunstancias, y cuya utilidad ha sido transitoria y no permanente, sino que debemos atenernos á sus principios fundamentales, esto es, á las verdades eternas, comunes á todas ellas. En éstas solamente, y no en las formas, podemos, pues, hallar lo que deseamos. Es cierto que dichas verdades han sido y son más ó ménos veladas y oscurecidas, ya por falta de una *revelacion*, ya por ignorancia de los tiempos, ya algunas veces por malicia de los que podian hasta cierto punto manifestarlas, y por consiguiente es difícil que las descubra quien no se tome el trabajo de buscar la almendra bajo la cáscara que la cubre. Pero si bien ello es así, tambien lo es, que se han presentado más claras más luminosas y más conformes á la razon, á medida que las inteligencias, impulsadas por el progreso, han sido más susceptibles de comprenderlas. ¿Quién duda de la gran diferencia que existe en la concepcion de las ideas de Dios, el alma, las penas y recompensas futuras, etc. etc., especialmente cómo las reveló Jesús, comparándola con la que ofrecian las primitivas religiones? ¿Quién aceptaria ahora á la Divinidad simbolizada, por ejemplo, en ciertos animales, ó en figuras informes ó monstruosas, y aún mucho ménos en los hechos absurdos que se le atribuian?

Puesto que la verdad y el progreso los hallamos tan sólo en los principios fundamentales de las religiones, y no en las formas y accesorios con que puedan aquellos revestirse, ¿qué importa para el Cristianismo que haya los fraccionamientos que hemos mencionado, si en ellos se conservan incólumes los referidos principios? ¿Cómo podríamos, si á éstos no atendiésemos, considerar al Cristianismo en posesion de la verdad, cuando vemos á sus diferentes sectas, contradiciéndose entre si y teniendo las unas por verdaderos

ciertos accesorios que las otras condenan como heréticos? A no ser del modo que nosotros decimos, podría objetarse que, no siendo más que una la verdad, no se divide, ni puede encontrarse en afirmaciones contrarias, ya que Jesús no dió á sus palabras un doble sentido. Si poseían la verdad, ¿por qué se dividieron? Y si se han dividido, ¿cómo han de poseer la absoluta verdad?

Sentado que al Cristianismo no le han dañado sus escisiones, y tambien que el progreso ha obrado en la revelacion de las verdades eternas, debemos ahora demostrar, en cuanto nos lo permitan nuestras débiles fuerzas y la indole de este escrito, que las mencionadas divisiones y subdivisiones del Cristianismo, á pesar de las graves y perjudiciales consecuencias á que han dado y dan lugar, han sido y son producidas por el mismo progreso, para los fines útiles de que más adelante nos ocuparemos.

Es notorio que desgraciadamente los hombres, en todos los tiempos, se han atendido más á las formas que al fondo de sus respectivas creencias religiosas, dándoles, por consecuencia, mucha mayor importancia. Esta verdad nos la prueban las sangrientas guerras y persecuciones de toda clase habidas, ya entre las diferentes religiones, ya entre los mismos cristianos por sus controversias de formas. ¿Cómo se comprende, pues, que en tiempos que se dicen de fé viva y ciega, y debiendo considerarse que el verificar un fraccionamiento tenia que dar por resultado un cambio absoluto de religion, hayan podido los pueblos, rompiendo á veces ciertos diques que se les han presentado, dejarse arrastrar á actos de semejante naturaleza?

Y no se diga, que los iniciadores de las várias sectas eran esto ó aquello, y que tuvieron solamente por móvil su ambicion ó sus vicios, que se prevallieron de la fuerza, ó que causas tan fútiles y pequeñas, como las ventas de unas bulas, ó los amores de un rey, pudieron separar de Roma á la mayor parte de Alemania y á toda la Inglaterra. Nó, no es posible admitir las razones, alegadas por unos y por otros sectarios, como suficientes á motivar tales fraccionamientos, aunque sirvieran de concausas de una causa principal; porque, si quiera no pudiese observarse otra cosa que la que acabamos de indicar, tambien existieron esos fraccionamientos, sin existir aquellas razones, en los primeros siglos del Cristianismo; posteriormente en el seno de las principales sectas protestantes, y los hay, bajo cierto aspecto, actualmente dentro del Catolicismo romano.

Es inadmisble, por lo tanto, que el abandono de unas creencias para tomar otras, fuese motivado por las razones que alegan los diferentes sectarios. Luego, no teniendo ellas tan considerable fuerza, debemos reconocer que necesariamente obró otra causa más alta y de mayor importancia. Por de pronto, para nosotros, siendo lógicos, no fué, ni pudo ser otra, sino la aspiracion de los hombres—inconsciente, si se quiere,—á otra cosa más verdadera; aspiracion, á que damos el nombre de *progreso*, que naturalmente no hubiesen sentido aquéllos, á hallarse satisfechos en sus necesidades religiosas, á habersé creído en posesion de la verdad. Por lo demás, en la misma aspiracion debemos igualmente buscar la causa de pronunciarse más, en el dia, el espíritu de innovacion, y de acentuarse más las disidencias y confusion en las creencias cristianas.

Por otra parte, para que el progreso pudiera con mayor facilidad seguir su marcha constante hácia sus fines providenciales, tenia precisamente que suscitar los fraccionamientos habidos en el Cristianismo, á pesar de los males que, como sabemos, y ántes hemos dicho, debian originar: En efecto, de no existir aquéllos, la unidad hubiera sido permanente. Esta, manteniéndose y encerrándose dentro de principios proclamados inmutables—como acontece en todas las creencias religiosas y en todas sus sectas, aunque otra cosa quiera decirse—hubiese impedido con su gran fuerza que, durante muchos siglos, el progreso, destruyendo ciertas bases y principios falsos, nos impulsase á descubrir la verdad de que somos susceptibles.

Así parécenos, pues, demostrado suficientemente que no sólo el progreso ha suscitado las divisiones y subdivisiones del Cristianismo, sino que continuará promoviendo otras en lo sucesivo, hasta que se encuentre lo que, satisfaciendo á la universalidad de las inteligencias, las ponga de acuerdo.

Pero se nos observará, sin hacer caso de nuestros razonamientos, que, si se considera el acrecentamiento del egoismo y del orgullo, el deseo de gozar á toda costa, el modo cómo la duda y el escepticismo torturan, si así puede decirse, á las inteligencias, cómo el materialismo, la indiferencia y el positivismo levantan cada dia más y más la cabeza, y el estado actual del Cristianismo de cada vez más perturbado en sus mismas divisiones; se nos observará que claramente se vé que, á pesar de los progresos verificados en las ciencias y en las artes y aun en la tolerancia y sociabilidad y en cierta tendencia á la moral, el verdadero progreso moral se ha quedado por lo ménos

muy rezagado. Y así, se añadirá, las divisiones del Cristianismo no nos han conducido hácia una mayor plenitud de verdad; puesto que sus resultados, traducidos en los hechos que hemos enumerado y que tenemos á la vista, están en contradiccion con el fin que debe suponerse al progreso.

Desde luego estamos conformes con esa apreciacion del estado actual de las sociedades cristianas; pero ella no obsta de ninguna manera á que el progreso moral siga la marcha que le convenga, aunque ésta aparezca algunas veces mucho más lenta.

Sabido es que el progreso moral y el intelectual nunca han marchado paralelos, y si ahora el último supera al primero, no debemos considerarlo sino como una de las fases por qué precisamente ha de pasarse, para que sea susceptible el hombre de comprender y elevarse á otro orden de ideas más grande y más conforme con los vastos horizontes que han de desarrollarse ante su vista. A no ser así, y dada su ignorancia relativa, quedaria deslumbrado. Siendo una verdad la existencia de ambos progresos, no podemos negar que el atraso, en qué se halla el moral, debe tener su razon de ser, y que forzosamente ha de elevarse, cuando ménos, á la altura del llamado intelectual. Por consecuencia, ¿deberá detenerse en la concepcion de las ideas de Dios, el alma, las penas y recompensas futuras etc. etc., que ofrecen las diferentes creencias religiosas? ¿Es ella bastante á satisfacer las inteligencias cada dia más desarrolladas? ¿No son semejantes creencias religiosas impotentes tambien para remediar en su esfera los males de que nos lamentamos? La inmutabilidad de las mismas, fomentando el egoismo y el orgullo, ¿no es contrária al establecimiento de la caridad ordenada por Jesús?

Si, pues, á pesar de cuanto quiera suponerse por algunos, comprendemos todos la situacion en que nos hallamos, y la más grave que el porvenir nos presenta, sino viene el oportuno remedio, la única objeccion seria que puede hacérsenos es la de que no se vé ese remedio, la de que no existe una palanca bastante fuerte á levantar el progreso moral de la postracion en que se encuentra, la de que no se halla un instrumento suficiente á perfeccionar á los hombres y á realizar la unidad de todas las creencias religiosas en sus principios fundamentales, haciendo desaparecer el antagonismo que divide á los pueblos y á las familias, ahogando los mútuos anatemas que unos á otros se lanzan los creyentes de las diversas sectas. Mas esa poderosa palanca en que por ahora ni espera ni confia la generalidad—los unos creyendo sin duda próximo el triunfo del mal, y por consiguiente el fin de las cosas terrestres; los otros, porque esperan la vuelta de las ovejas á sus rediles

respectivos, ó á un solo redil, y algunos porque, no creyendo en la providencia, dejan que todo, aunque se lamenten, siga cómo bien le parezca—; esa palanca, repetimos, Dios la ha puesto yá en la mano del hombre. ¿Cuál es? Aunque sabemos que muchos han de sonreirse en son de burla, no hemos de vacilar en decir, que es el Espiritismo. Estudiadlo, *practicadlo*, y tendreis la prueba irrecusable de nuestra afirmacion.

* * *

Pero para que semejante creencia fuese comprendida—y hé aqui una de las causas del atraso del progreso moral, ó mejor, de la superioridad de los conocimientos científicos—era necesario que el progreso intelectual precediese al moral, representado por el Espiritismo en toda su latitud, á fin de que el primero combatiese las preocupaciones con la evidencia de los hechos, y el Espiritismo encontrase el terreno preparado, por hallarse yá el campo del Espiritu humano limpio en gran parte de preocupaciones y falsas ideas. Efectivamente, para el nuevo y más completo conocimiento del fin de la vida y del destino del hombre, era indispensable que éste supiese por la pluralidad de mundos habitados el camino abierto á sus futuras exploraciones y á la actividad de su Espiritu. Para que se desprendiera de sus mezquinas y falsas opiniones sobre la época, duracion y formacion de nuestro globo; de sus creencias sobre el diluvio y su propio origen, para que consintiese en desalojar del seno de la tierra, el infierno y el imperio de Satanás, era preciso que pudiera leer en las capas geológicas la historia de su formacion y de sus revoluciones físicas. La astronomia, pues, y la geología, secundadas por los descubrimientos de la fisica y la quimica, han sido los dos poderosos arietes que han dado cuenta de las más graves preocupaciones.

Antes de concluir, nos parece que no estará por demás que resumamos las ideas que preconiza el Espiritismo, para que así se vea la inmensa ventaja que llevan á las que ofrecen todas las creencias religiosas. Y obsérvese que el Espiritismo no parte de una hipótesis, sino de un hecho que cada uno por si mismo puede comprobar experimentalmente. Nos referimos á las comunicaciones con los Espiritus de las cuales se han deducido todas las otras partes de la ciencia, aún aquellas que yá eran conocidas á título de hipótesis. Está, pues, fundado el Espiritismo en la existencia del principio espiritual como elemento constitutivo del universo, en la universalidad y perpetuidad de los seres inteligentes; en su progreso indefinido, realizado en los mundos y en las generaciones; en la pluralidad de existencias corpora-

les, necesarias á su progreso individual; en la cooperación relativa como encarnados ó desencarnados, en la obra general en la medida del progreso alcanzado; en la solidaridad que une á todos los seres de un mismo mundo y de los mundos entre sí. En vez de las soledades y desiertos del espacio sin límites, la vida y actividad por todas partes; por todas el empleo de los conocimientos adquiridos y también el deseo de adelantar y aumentar la suma de felicidad, por el útil uso de las facultades de la inteligencia. En vez de una existencia efímera y única, que para siempre decide de la suerte futura, impone límites á su progreso, y deja estéril para el porvenir el trabajo que se toma en instruirse, el hombre tiene por dominio el universo, y nada de cuanto sabe y hace, es infructífero. En vez de una beatitud contemplativa perpétua, que seria una perpétua inutilidad, una misión activa y proporcionada al mérito adquirido. En vez de castigos irremisibles por faltas temporales, la posición que cada uno se crea por su perseverancia en el bien ó en el mal. En vez de una mancha original, que hace responsable de faltas que no se han cometido, la consecuencia natural de sus propias imperfecciones nativas. Y en lugar de las llamas del infierno, la obligación de reparar el mal que se ha hecho, y de volver á empezar lo que no se ha hecho bien.

El Espiritismo conteniendo en sí, aplicados y aclarados los principios fundamentales de todas las religiones; revelándonos además un gran número de otras verdades; teniendo por divisa, *sin caridad no hay salvación posible*; siendo tolerante y altamente progresivo; no pudiendo ser desmentido por ningún conocimiento humano, pues que todos se los asimila; y mirando á la razón frente á frente en todas las edades de la humanidad; es la poderosa palanca de que hemos hablado, y por lo tanto, está llamado á realizar el fin á que tienden las aspiraciones de la humanidad, que, como manifestamos también, han sido impulsadas por la ley eterna del progreso.

Bien sabemos los obstáculos que al triunfo del Espiritismo se han de presentar. La lucha ha sido siempre inevitable entre la verdad y el error. Consolémonos con que lo que es no puede permanecer oculto. La luz no es la sombra; la verdad no es el error; las tinieblas desaparecen ante la aurora. Esperemos, pues; que la obra es de Dios.

M. y N.

REFLEXIONES SOBRE LA REENCARNACION.

(OBRAS PÓSTUMAS.)

Puesto que la reencarnacion es una necesidad de la vida espiritual, con sobrada razon se pueden admirar de que todos los Espíritus no estén acordes sobre el particular, siendo para los ojos de ciertas gentes una objecion de alguna gravedad. La contestacion la comprenderá todo aquel que haya hecho del Espiritismo un estudio formal. Hemos examinado la cuestion en sí misma, bajo el punto de vista filosófico, hecho abstraccion de toda ensenanza de los Espíritus; hemos encontrado en este principio la única solucion posible de ciertos problemas morales y psicológicos, y nuestra razon se ha fundado, no sobre hipótesis, sino sobre la observacion de los hechos; puesto que esta doctrina dá la razon de esos hechos que ningun otro sistema filosófico ó religioso puede resolver, en buena lógica debemos admitir la teoría que explica con preferencia á la que no lo explica, sin ocuparnos de la opinion de los Espíritus, que no tienen más valor para nosotros que en cuanto es perfectamente racional, y que no encontramos en ella ninguna señal de ignorancia ó juicio erróneo. Estamos, pues, bastante léjos de aceptar sin exámen todo cuanto digan los Espíritus, porque sabemos que los hay con ideas limitadas al presente, como sucede entre muchos hombres sobre la tierra. Creen que su actual situacion debe durar eternamente; no ven más allá de cierto horizonte: no se preocupan en saber de donde vienen, ni á dónde van, y sin embargo deben sufrir la ley de la necesidad. La reencarnacion es para ellos una necesidad de la que no se cuidan sino cuando llega; saben que el Espíritu progresa, pero ¿de qué modo? Para ellos es un problema; si les preguntais, os contestarán segun el estado de sus conocimientos; los unos os hablarán del quinto y sexto cielo, otros de la esfera de fuego, de la esfera de las estrellas, de la ciudad de los elegidos, que no es otra cosa para ellos más que una vaga idea de los mundos mejores.

Lo que prueba la ignorancia de estos Espíritus, es el cuadro raro que hacen algunos de la progresion futura, porque todos reconocen la necesidad de esta progresion; tan sólo difieren sobre el modo como ésta se opera; sus ideas, bajo este concepto, están más ó ménos impregnadas de las preocupaciones terrestres, y descansan algunas veces sobre principios completamente absurdos, como por ejemplo sobre el de las esferas concéntricas teniendo la tierra por foco, y que son como escalones para los Espíritus, idea tomada de los antiguos sistemas astronómicos. Basta con que un Espíritu emita semejante teoría, ó cualquiera otra heregía científica notoria, para conocer la clase de su saber y el valor que debe darse á sus opiniones. Por lo demás, en esto como en muchas otras cosas, la contradiccion es algunas veces más aparente que real, y puede resultar, ya sea de la interpretacion de los términos, ya del modo de presentar la idea. El mismo pensamiento se encuentra con frecuencia en las cosas más disparatadas á primera vista y que son más contradictorias por su forma que en el fondo: prueba de ello la doctrina bíblica sobre la creacion de la tierra; por lo cual es aún más fácil reconocer el principio de la reencarnacion en las figuras empleadas por ciertos Espíritus, que los seis períodos geológicos en los seis días del Génesis.

Se concibe que Espíritus poco adelantados no puedan comprender esta cuestion, pe-

ro entónces ¿en qué consiste que Espíritus de una inferioridad moral é intelectual notoria hablan espontáneamente de sus diferentes existencias y del deseo de reencarnarse para tomar otra nueva, miéntras que entre los que contradicen el principio, los hay que son de un modo manifiesto más inteligentes? Suceden en el mundo de los Espíritus cosas tales, que nos son difíciles de comprender, y que por este motivo nos parecen anomalías. ¿No tenemos entre nosotros personas que son muy ignorantes sobre ciertas cosas, siendo muy ilustradas en otras? ¿y gentes que tienen más juicio que instruccion? Sabemos aún que los Espíritus forman grupos, familias que vienen á ser lo que las naciones entre nosotros, y que los individuos sacan sus ideas del centro en donde se encuentran. Sabemos por fin que ciertos Espíritus, más inteligentes que buenos, se complacen en adular las preocupaciones de los hombres; que su deseo es mantenerlos en la ignorancia bajo las apariencias de desear instruirles. Se saben aprovechar de la facilidad con que se presta fé á sus palabras, y para inspirar mayor confianza, hacen alarde de su falso saber revistiendo sus discursos de frases redundantes y ampulosas, que pueden seducir á los que no van al fondo de las cosas; pero si se les lleva al extremo por el razonamiento, no sostienen largo tiempo su tésis. Como en definitiva su sistema sobre la progresion de los Espíritus no resuelve de ninguna manera las dificultades, no hay sino ponerles terminantemente las cuestiones que hemos formulado, y se verá si su solucion es muy lógica. Aun diremos, que si aceptamos la que damos en nuestros libros, no es tan solamente porque viene de los Espíritus, sino porque, sobre todo, está conforme con los hechos observados, que no contradicen ninguno de los datos de la ciencia, y que lo explica todo.

ALLAN KARDEC.

(De la *Revue Spirite*.)

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

XI.

Neptuno

El descubrimiento de Neptuno—que data de nuestros días—no se debe á la gran perfeccion que han alcanzado los aparatos ópticos, ni siquiera á las minuciosas exploraciones de algun astrónomo afortunado; antes de ser visto, se creía en su existencia; es más, se le buscó y se le encontró en el lugar preciso donde debía hallarse.

He aquí cómo. En el movimiento de los planetas se notan ciertas perturbaciones ocasionadas por la influencia que egerce la masa del uno sobre el otro, cuando se hallan bastante aproximados para que la atraccion se deje sentir sensiblemente. Esta influencia de la atraccion de los cuerpos está sometida á las dos leyes siguientes de la atraccion universal, descubierta por Newton:

«La atraccion es proporcional á la masa.» «El poder de atraccion de un cuerpo, disminuye proporcionalmente al cuadrado de las distancias.»

En el movimiento de Urano se habian notado ciertas perturbaciones que no podian explicarse sin admitir la existencia de otro planeta más alejado aún que él del centro

del sistema; y se procedió á las investigaciones debidas para encontrarle,.... no con los telescopios, sino con el cálculo, no con los instrumentos sino con la pluma. Un geómetra francés, M. Le Verrier, con la ayuda de las observaciones sobre Urano publicadas hasta 1845 y las que le proporcionó el observatorio de Paris, emprendió ese magnífico trabajo, y el éxito mas completo coronó su obra; halló los elementos aproximados del nuevo planeta y publicó el resultado de sus trabajos el 31 de Agosto de 1846, indicando hasta el lugar preciso en que debia encontrarse en aquella época, al Este de la constelacion de Capricornio cerca de la estrella señalada en los catálogos celestes con la letra *d* del alfabeto griego. Un astrónomo prusiano, M. Galle fué el primero que divisó el nuevo astro en el sitio designado por Le Verrier, comunicándole la noticia el 25 de Setiembre del mismo año.

Al mismo tiempo que Le Verrier, otro geómetra, Mr. Adams, obtenia por su parte en Inglaterra los mismos resultados que Le Verrier en Francia, pero como el inglés no publicó sus notas hasta despues del descubrimiento del planeta, no le han valido sus trabajos la gloria que á Le Verrier, y si sólo han venido á probar una vez más el valor de los cálculos matemáticos y la perfeccion á que han llegado hoy las teorías astronómicas.

Los descubrimientos simultáneos de una misma cosa por distintas inteligencias, sin que mediara entre ellas relacion alguna visible, son bastante comunes en la historia. A últimos del pasado siglo, Cavendish se convencia por el resultado de sus experimentos que el agua no era un elemento ó cuerpo simple como hasta allí se habia creido bajo la té de Aristóteles; Watt por su parte llegaba á las mismas conclusiones aunque no se atrevió á manifestar su opinion, y al mismo tiempo que estos dos ilustres químicos llegaban á estos resultados en Inglaterra, otro génio no ménos grande, Lavoisier, por médio de experimentos análogos, demostraba que el agua es un compuesto de oxígeno y de hidrógeno.

Un tempestuoso día del mes de Junio de 1752, elevaba Franklin un cometa armado con una varilla metálica, y obtuvo abundantes chispas eléctricas de las nubes acumuladas sobre su cabeza; su teoría sobre la accion de las puntas era verdadera: el 10 de Mayo del mismo año, un físico francés, Mr. Dalibard, guiado por las teorías que Franklin habia publicado, habia dispuesto en las cercanías de Paris una barra de hierro colocada verticalmente, la cual por la influencia de una nube cargada de electricidad, dió chispas suficientes para cargar algunas botellas de Leyden.

Otros hechos podríamos citar, pero seria desviarnos demasiado de nuestro objeto. Volvamos, pues, al asunto que nos ocupa.

En razon al poco tiempo que ha trascurrido desde el descubrimiento de Neptuno, y á la considerable distancia que de nosotros le separa, los datos positivos que se tienen sobre ese planeta son muy escasos.

Neptuno es completamente invisible á la simple vista. Su distancia respecto á nosotros es 1100 millones de leguas en la época de su mayor aproximacion, elevándose esa distancia á 1196 millones cuando el planeta se halla en su mayor alejamiento.

Su volumen es ciento cinco veces mayor que el de la Tierra; su diámetro 60.086,150 metros, y su superficie 113,465.035,570 miriámetros cuadrados.

La distancia de Neptuno al Sol es 1,147.528,000 leguas; y su órbita que despues de la de Vénus es la ménos excéntrica ofrece un desarrollo de 7 mil 170 millones de leguas. La velocidad del planeta al recorrer esa inmensa órbita es de 5000 leguas por hora, empleando para verificar su movimiento de revolucion sideral 164 años, 226 dias terrestres. El año de Neptuno, es, pues, casi 165 veces más largo que el terrestre, en cuanto á la duracion de su día no se conoce aún.

En razon á la considerable distancia que separa á Neptuno del Sol, la luz de éste llega allá con una intensidad 1300 veces menor que á la superficie de la Tierra; ese deslumbrante disco solar que tan magnífico vemos desde aquí, desde Neptuno sólo aparecerá un poco mayor y más brillante que una de esas bellas estrellas que alumbran nuestras noches; desde allá verán el Sol 1300 veces más pequeño que no le vemos nosotros.

¿Querrá esto decir que Neptuno está sumido constantemente en las glaciales tinieblas de una noche eterna? «La intensidad de la luz solar sobre los planetas tiene su correlacion en la intensidad del calor que esos planetas reciben del astro central;—dice Flammarion—pero los elementos que constituyen un globo siendo más numerosos, y sometidos á una más grande complejidad de fuerzas que las que constituyen la iluminacion, nos dejan en la mayor incertidumbre respecto á este punto.»

Desconocidas aún las condiciones físicas y atmosféricas de Neptuno, ninguna conclusion puede deducirse de su climatología y por consiguiente ninguna hipótesis racional puede formularse sobre los intensos frios que se han supuesto en aquel planeta; puesto que nada se sabe ni del poder calorífico de su suelo, ni de su estado higrométrico, ni de otras muchas causas completamente ajenas á la Tierra y por consiguiente desconocidas para nosotros.

Es de creer que los habitantes de Neptuno se hallarán tan bien avenidos con la débil luz y calor que del Sol reciben, como los de Mercurio bajo los ardientes resplandores que profusamente derrama sobre ellos el refulgente astro; así como acá en la Tierra vive tan satisfecho con el clima habitual de su suelo el habitante de las rejiones circumpolares, como el hijo de los trópicos.

Hasta ahora sólo se ha comprobado la existencia de un satélite en Neptuno, pues si bien Lassell—que fué el que lo descubrió—creyó más tarde que habia visto un segundo, no ha sido posible percibirlo de nuevo, y el mismo Lassell duda hoy de su existencia. El satélite conocido describe su órbita á unas 100,000 leguas del planeta, y su movimiento de revolucion al rededor de éste, lo verifica en 5 dias 21 horas.

De todos los planetas del sistema sólo serán visibles desde Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter, y aún este último difícilmente. Los dos primeros serán para los neptunianos estrellas matutinas y vespertinas, como lo son para nosotros Vénus y Mercurio.

¿Ocupa realmente Neptuno los confines del dominio solar? ¿Es este el último planeta del sistema? Desde Neptuno hasta la estrella más próxima hay aún una distancia de 32 mil millones de leguas, ó sea un espacio 7500 veces mayor del que média desde Neptuno al Sol.

LUIS DE LA VEGA.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

EL SUEÑO NATURAL Y EL SUEÑO SONAMBÚLICO.

(Barcelona 28 Enero 1872.)

MEDIUM A. M.

I.

El sueño sonambúlico presenta algunas particularidades que le distinguen del sueño fisiológico.

Este, como su nombre indica, es siempre natural, sirve para reparar las fuerzas del organismo, fatigado por el trabajo, ya corporal, ya espiritual del individuo, al paso que el sonambúlico es siempre provocado; y si alguna vez se presenta el sonambulismo que se ha llamado natural durante el sueño fisiológico, ha habido en ese caso magnetización espiritual, que ha puesto el cuerpo de aquel individuo en un estado de mayor insensibilidad, dejando por consiguiente en mayor libertad de obrar al Espíritu.

En ambos casos, tanto en el de sueño fisiológico como en el de sonambúlico, hay desprendimiento parcial del Espíritu, el cual abandona, ó más bien, deja el cuerpo mientras éste no ha de obrar en la vida de relacion; pero hay la diferencia que en el sueño natural no ha obrado causa alguna externa para producirle, y en el sonambúlico ha precedido siempre la *inmersión*, si así puedo expresarme, de un agente extraño al Espíritu del durmiente, que llamais *fluido magnético*.

Hay otro sueño que tiene muchas relaciones con el magnético, el cual se produce por la acción de ciertas sustancias llamadas anestésicos, del cual no debo ocuparme por ahora.

II.

Examinemos en primer lugar el sueño natural ó fisiológico.

Se siente un peso particular en el cuerpo; los miembros están torpes, los párpados se cierran involuntariamente y es menester un gran esfuerzo de la voluntad si se quiere mantenerlos abiertos; luego la imaginación se vuelve pesada, tardía en concebir, el habla se vuelve dificultosa, las ideas se oscurecen, cesa el movimiento de los miembros, éstos se ponen lacios, un peso dulce y agradable parece que gravita sobre la frente, el deseo de mantener los ojos abiertos cesa ya, porque la voluntad vá perdiendo su energía, y gradualmente, sin conciencia de lo que sucede, queda el cuerpo inmóvil y el Espíritu ya no se presenta activo, funcionando por medio de su organismo.

III.

Dejemos el cuerpo á los fisiólogos que estudien cómo se verifican las funciones animales durante el sueño, y ocupémonos del Espíritu que es nuestro objeto.

Segun la disposición de ánimo del individuo, el Espíritu se halla con los flúidos perispirituales más ó menos equilibrados, más ó menos armonizados, y de aquí que, ó puede cumplir con un objeto mientras reposa su materia, ó á traspies como un ébrio no puede adelantar un sólo paso en el espacio. En el primer caso, esto es, si el ánimo sereno y normal del hombre ó del Espíritu, no le perturba para las funciones que puede desempeñar en ese estado, goza casi de las mismas facultades que el Espíritu libre,

aunque no debe perderse de vista que está siempre unido al cuerpo por el lazo perispiritual que le liga á él.

Así, en este caso, puede dedicarse á practicar obras de caridad como habeis dicho muy bien, puede llevar el consuelo á muchos afligidos, puede tambien dedicar esas horas de descanso de su cuerpo á pedir consejos sobre cuestiones interesantes en el órden espiritual á otros que están en una esfera más elevada que la suya; en fin, puede asistir á ciertas escenas, que por su vista recobre la calma si la habia perdido á consecuencia de los disgustos y penalidades de la vida.

En el sueño fisiológico el desprendimiento del Espíritu no es tan completo como en el sonambulismo, así es que al volver al cuerpo, recuerda algunas veces sus ensueños, teniendo en cuenta para esto, el estado particular del Espíritu y el de su organismo.

IV.

El sueño magnético presenta ya en su produccion, ya en sus caracteres particulares una série de fenómenos que son completamente extraños al sueño natural.

He dicho que el sueño magnético es siempre provocado por un sér extraño de aquel en quien se verifica. Este puede ser ya encarnado ya libre de la materia. En el primer caso, el fluido magnético—como llamais vosotros á una de las emanaciones del Espíritu, tomada de la sustancia perispiritual ó más bien principio de la fuerza propia de esa sustancia—ese fluido, digo, no es conducido por los nervios como han pretendido algunos fisiólogos y magnetizadores, sino que es una emanacion de todo el sér del magnetizador; el cual si bien generalmente suele servirse de las manos para dirigir y regularizar mejor los fluidos, observad que esto es sólo al principio, cuando trata de armonizar los fluidos de algun nuevo individuo con los suyos; pues cuando la relacion está verificada habreis notado que basta la sola voluntad del magnetizador para hacer entrar en el sueño magnético á su sonámbulo.

Este, cuando recibe las primeras emisiones fluidicas, experimenta una sensacion agradable, producida por el regocijo que de antemano siente el Espíritu que va á gozar un rato de libertad, lo que algunos han atribuido á la poderosa influencia que el magnetizador ejerce sobre su sonámbulo. Despues de los primeros pases, siente éste como un entorpecimiento en todos los miembros, pero de distinta naturaleza que en el sueño fisiológico; las ideas se oscurecen (especie de turbacion momentánea), los párpados se cierran, el sopor es más y más profundo, y por último el Espíritu empieza á dejar su materia y á recorrer libre el espacio.

Durante el sueño magnético se nota, en primer lugar, mayor insensibilidad que en el sueño fisiológico, generalmente el pulso está más bajo y lento que en el estado ordinario, y el movimiento locomotivo así como el habla se conservan en este estado, lo que no tiene lugar en el sueño fisiológico.

V.

¿El Espíritu está desprendido de la materia durante el estado magnético? Indudablemente, puesto que en aquel instante posee casi las mismas facultades que el Espíritu libre; sus percepciones son más claras que en el estado de vigilia, los cuerpos materiales no le son obstáculo, su vista los traspasa como si no existieran; por lo que puede

decirse, que la materia para el Espíritu ya libertado por el sueño sonambólico ya por el sueño de la muerte, deja de tener las condiciones que á vuestros órganos presenta. El Espíritu del magnetizado lleva más ó ménos léjos sus percepciones, ó más bien: la esfera de su radiacion está en proporcion á su estado de progreso; de modo, que cuanto más adelantado está en el progreso un individuo, tanto más útiles pueden ser sus comunicaciones, cuando se halla en estado sonambólico.

VI.

Hay un hecho que no habré dejado de llamaros la atencion y sobre el cual voy á daros mi opinion, confiando en que la estudiareis con el detenimiento que se merece, y hareis las observaciones que creais más convenientes, pues con ellas estudio tambien yo.

El magnetizador ejerce cierta influencia simpática sobre su sonámbulo habitual, y esto que es un hecho que todos vosotros habreis leído ó podreis comprobar, se debe— á mi juicio— á la naturaleza propia del fluido magnético y al papel que éste desempeña en el fenómeno del sonambulismo.

¿Qué es el fluido magnético? Ya lo he dicho ántes, es producto del Espíritu del magnetizador, es una fuerza de ese mismo Espíritu dirigida por el perispíritu y trasmitida por éste á través de la materia.

Tanto es así, tanto esa fuerza reside en el Espíritu, que vosotros habeis sido testigos de magnetizaciones producidas por un Espíritu libre, y aún podríais verle dirigir esa fuerza ó fluido por medio de su perispíritu.

¿Qué papel desempeña ese fluido en el magnetismo?

El fluido magnético penetra el cuerpo del magnetizado molécula por molécula, vieniendo á sustituir en aquel instante las funciones del perispíritu en aquel organismo, mantiene la agrupacion molecular, es una fuerza cohesiva, mas esto no debe nunca entenderse en absoluto, sino siempre en asociacion con el fluido propio perispiritual del sonámbulo muy dilatado á causa del desprendimiento de su Espíritu. De este concurso de accion, de esa asociacion—si puedo expresarme así—muy sostenida, nace la simpatia que siente el sonámbulo por su magnetizador, de esa asociacion de fuerzas nace tambien la unificacion de flúidos, á eso se debe el que un magnetizador pueda magnetizar á su sonámbulo habitual sin necesidad de la imposicion de manos, y aún á larga distancia; en fin, á eso se deben una porcion de fenómenos que tiene lugar durante el sueño sonambólico, y hasta el dominio que tiene en aquel instante el magnetizador sobre su sonámbulo.

VII.

Ocupémonos ya del modo de ser del Espíritu del sonámbulo; sus funciones en el espacio, su libertad relativa y sus percepciones.

El Espíritu lleva consigo como en todos casos su envoltura perispiritual, y con auxilio de ella es cómo funciona en el espacio; goza de una libertad relativa, en primer lugar, á su grado de adelanto ó progreso adquirido, en segundo, al hábito en la práctica de esos desprendimientos ocasionados por el fluido magnético y aún por el mayor grado

de insensibilidad en que queda su organismo á consecuencia de la mayor aglomeracion de flúido.

Así, pues, el Espíritu puede gozar de una libertad casi tan grande como en el caso de liberacion, ocasionado por la muerte del cuerpo; comunica con otros Espíritus libres, trasmitiendo lo que recibe de éstos ó lo que percibe por sí propio, por medio del lazo perispiritual que le retiene ligado al cuerpo.

Segun el grado de progreso que tenga ese Espíritu, podrá llevar más ó ménos léjos el círculo de sus percepciones, verá más claro lo que le rodea, podrá describirlo y darlo á conocer con más exactitud y con más verdad, en una palabra, será lo que entre vosotros se llama un buen sonámbulo.

Hay algunos de éstos, que casi exclusivamente trasmiten lo que de otros Espíritus reciben, ya porque la esfera de sus percepciones sea limitada, ya porque la condicion de sus flúidos propios le hagan más apropiado para esta clase de manifestaciones, y así podreis ver un sonámbulo de escasas luces intelectuales recitar magníficos versos, ó bien podrá daros una relacion detallada y *bastante cierta* de asuntos que están completamente fuera de sus alcances como hombre.

En el caso que el sonámbulo se dedique á nuevas exploraciones, puede obrar por sí solo; pero tambien es muy comun que esté ayudado por otros Espíritus, especialmente si el objeto propuesto tiene un fin benéfico.

Para describir el Espíritu un objeto, no tiene precisamente necesidad de trasladarse siempre al punto mismo en que el objeto se halla; bástale la simple radiacion, propia para percibirlo, así como vosotros no necesitais estar precisamente junto al objeto que deseais observar para verlo, sino que la radiacion de vuestra vista se extiende á cierta distancia y por consiguiente podeis hasta detallar ciertos objetos sin estar precisamente junto á ellos. Es distinto cuando el Espíritu necesita describir minuciosamente una cosa; en este caso, procura trasladarse al lugar preciso donde aquélla se encuentra, obrando así exactamente como vosotros, que para daros cuenta de un objeto con toda minuciosidad, necesitais tenerlo cerca.

La radiacion es al Espíritu, lo que la vista para vosotros; es aplicada á este caso su instrumento óptico.

VIII.

El Espíritu del sonámbulo, no puede disponer del espacio á su libre albedrío; y lo mismo le sucede en esto al Espíritu completamente libre de la materia; eso está siempre en relacion con el progreso moral adquirido en ambos casos; pero la esfera de accion del primero es mucho más limitada que la del otro. En los dos estados, tanto la traslacion como la radiacion, se verifica por los mismos medios; el Espíritu dispone de los elementos necesarios para el desempeño de sus funciones; pero el Espíritu libre suele obrar por sí, cuando tiene conciencia de su estado, y el del sonámbulo necesita *casi siempre* la iniciativa del magnetizador, y aun más, en algunos casos, hasta la direccion.

Habreis observado tambien, los que al magnetismo os habeis dedicado, que para que el Espíritu pueda alejarse del punto en que se encuentra con mayor libertad, y especialmente si el lugar donde debe trasladarse es muy lejano, el magnetizador ha de

cargar más de fluido el cuerpo del magnetizado á fin de que el Espíritu del mismo goze de mayor libertad para ello, á lo que el magnetizador suele decir «que le dá mayor fuerza»; pero, en resúmen, lo que sucede allí, es que merced á la mayor aglomeracion del fluido sobre aquel organismo, al quedar éste más insensible, el perispíritu se desprende con mayor libertad, y así el Espíritu es más dueño de sus acciones.

IX.

He dicho que no siempre el Espíritu del sonámbulo trasmite al mundo material sus propias ideas y sus impresiones, sino que muchas veces es otro Espíritu el que por mediacion de su organismo se manifiesta.

Ese Espíritu no se apodera del cuerpo del magnetizado y obra por él como si fuera el suyo propio, sino que lo envuelve con sus fluidos, neutraliza en cierto modo los del magnetizador ó los modifica en algunos casos segun las condiciones ó las necesidades, y establece una corriente fluidica entre su sér y aquel organismo, la cual viene á desempeñar el papel del lazo perispiritual en cuanto á las funciones de éste como agente conductor. De este modo el Espíritu libre manifiesta sus ideas, habla con vosotros *materialmente*, os dá sus consejos, sus instrucciones, ó las recibe si las há de menester. En este caso el sonámbulo es *médium*.

Todo lo que el Espíritu piensa y trasmite, ha de pasar necesariamente por el cerebro del médium para que éste lo manifieste, puesto que es el órgano material de la trasmision del pensamiento, y de aquí que noteis en la expresion, los modismos de lenguaje propios al médium, su estilo, salvo en aquellos casos en que el Espíritu necesita formular una idea ó concepto enteramente fuera de los alcances intelectuales del médium, en cuyo caso, éstos salen muchas veces oscuros á pesar de la buena voluntad, por defecto del instrumento. El médium que presta lo que tiene, no puede hacer más.

Hay casos tambien en que un Espíritu libre trasmite al Espíritu del sonámbulo su idea, y éste la manifiesta por sí mismo; esto suele ser en aquellos casos en que por alguna circunstancia el Espíritu no puede ponerse en relacion con el cuerpo del magnetizado, ó cuando es una respuesta corta ó poco importante la que ha de dar, mas en los casos de una larga relacion, y más si el carácter de ésta lo requiere, le es más conveniente al Espíritu comunicarse del modo que acabo de deciros—cuando pueda hacerlo—pues así es siempre más fiel la trasmision de su pensamiento.

Ya permanezca el Espíritu del sonámbulo cerca del Espíritu comunicante, ó ya esté separado, esto no importa á la integridad de la comunicacion.

El sonámbulo recuerda más facilmente despues de despertar, lo que recibió por comunicacion de otro Espíritu y transmitió por sí mismo, que lo que los Espíritus manifiestan sin intervencion inteligente por parte de dicho sonámbulo, de aquí que el magnetizado recuerda á veces ciertas ideas ó palabras y otras no recuerda absolutamente nada. Añadiré que el recordar lo que ha tenido lugar durante el sueño magnético, depende tambien mucho de la mayor ó menor intensidad del mismo.

X.

La voluntad del magnetizador impuesta al sonámbulo, hace tambien, que éste re-

cuerde lo que aquél juzga necesario cuando despierta, así como puede también ordenarle que no recuerde absolutamente nada, y todo lo que ha dicho ó hecho durante el sueño magnético se borra completamente de su memoria. Este hecho es sabido por todos los que se han dedicado al estudio del magnetismo.

A mi juicio se debe, á que la voluntad del magnetizador, mientras que sus flúidos obran sobre el organismo del sonámbulo, le impresionan por efecto de esa misma voluntad, é imprime por decirlo así, en su sér el recuerdo de lo que á aquel conviene, en cuyo caso el sonámbulo no tiene luego dificultad en recordar, puesto que aquella impresion la encuentra *fixada*, si se permite la frase, en su cérebro. El mismo efecto, aunque á la inversa, tiene lugar para el caso contrario, el de olvido.

Durante el sueño magnético, tiene algunas veces lugar otro fenómeno que no deja de llamar la atencion de los que desconocen el poder de los flúidos, de esa fuerza poderosa que Dios ha puesto á disposicion de sus criaturas.

En ciertos casos, el magnetizador puede hacer comer ó beber á su sonámbulo una sustancia cualquiera, tomándola éste por otra muy distinta de la que realmente es; y no es que reside en el magnetizador el poder suficiente para cambiar con la sola accion de su voluntad ó de sus flúidos las condiciones propias de la sustancia dada, para que se transforme en tal ó cual que éste desea; sino que el sonámbulo, en virtud de la atmósfera fluidica que envuelve y satura su cuerpo, toma lo que se le presenta por lo que el magnetizador desea que parezca, y halla en ella las condiciones que éste desea que encuentre. No es que se cambie ni la naturaleza química de la sustancia, ni áun sus proporciones atomísticas á consecuencia del flúido que el magnetizador le comunica; sino que al sonámbulo, en virtud de la voluntad de su magnetizador á la cual está en cierto modo supeditado, la sustancia en cuestion le causa el mismo efecto que si fuera lo que el magnetizador desea que tome.

Es necesario añadir que este fenómeno, muy digno de estudio, no tiene lugar sino cuando están debidamente armonizados los flúidos del magnetizador con su sonámbulo; lo cual ya sabeis, que dadas las condiciones de ámbos, se consigue con la práctica y el buen deseo.

XI.

He dicho también anteriormente que un Espíritu libre puede *magnetizar* por sí mismo á un individuo, en cuyo caso le dirige fuertemente su voluntad y le envuelve con sus flúidos, pero lo que al Espíritu no le es dado hacer por sí mismo, por carecer de flúidos animales, es dejar al sonámbulo en un estado de insensibilidad orgánica completa. Para esto es necesaria la concurrencia de algun encarnado, que consciente ó inconscientemente presta sus flúidos.

Lo que se obtiene con la magnetizacion espiritual, es lo suficiente para obrar sobre el organismo del individuo, y poder el Espíritu comunicar al mundo físico su pensamiento y quizá sus acciones; pero por sí solo, no puede hacer lo que un magnetizador obtiene.

Esa facultad del Espíritu, de obrar sobre la materia, es muy útil á éste para procurar en muchos casos beneficios á sus hermanos encarnados, beneficios que no siempre

podeis apreciar en ese mundo. No necesito deciros que esa facultad del Espíritu, tanto puede emplearse en bien como en mal, y así es cómo obra tambien el Espíritu en los casos de obsesion y posesion; sus flúidos son la red con que envuelve á su víctima.

XII.

Para que el sonámbulo pueda oír á cualquier otro individuo, es preciso que el magnetizador le ponga en relacion fluidica con él, en cuyo caso el flúido del nuevo individuo se trasmite al sonámbulo como si fuera el del magnetizador, puesto que éste se le ha comunicado. Entónces, el Espíritu del sonámbulo, en virtud de ese nuevo ramal flúidico percibe *materialmente* hasta la sensacion de las palabras del extraño, que son conducidas hasta él á través de su organismo por el lazo perispiritual, el cual desempeña el oficio de hilo conductor, puesto que le lleva las sensaciones que puede recibir su materia, conduciendo asimismo su pensamiento, que aquélla traduce al mundo fisico. Por medio del lazo perispiritual trasmite al Espíritu lo que vé ó lo que percibe; con ayuda de ese cordon flúidico hace el Espíritu funcionar su materia en lo concerniente á la vida de relacion.

En los casos de sonambulismo en que hay desprendimiento del Espíritu, puede decirse que éste, está obrando á la vez como Espíritu libre y manifestándose como encarnado, puesto que revela su existencia por medio del organismo.

En ese estado de libertad, goza el Espíritu por completo de sus facultades intelectuales; oscurecidas en el estado normal de vigilia, puesto que, como son odquiridas en existencias anteriores, no todas han pasado en ésta por los sentidos.

El magnetismo demuestra hasta la evidencia el doble principio que existe en el hombre, ese perfecto consorcio del cuerpo y el alma; allí la manifestacion de esa dualidad es palpable; el magnetismo es un reto perenne contra los que niegan que el hombre es un compuesto de Espíritu y materia, que el primero es lo esencial y la segunda lo transitorio.

UN ESPÍRITU AMIGO.

VARIEDADES.

LAS PARADOJAS DE LA CIENCIA.

Lúmen.

RELATO DE ULTRA-TIERRA, POR CAMILO FLAMMARION.

(Continuacion.)

Lúmen.—Sí, amigo mio, imposible. ¿Comprendeis ahora en qué estado me encontraba yo, al ver con mis propios ojos realizada aquella paradoja? Una expresion popular dice algunas veces «que no quiere creer á sus ojos» esa era exactamente mi posicion: me era imposible negar lo que veia é imposible creerlo.

Sitiens.—Pero ¿no era por ventura una concepcion de vuestro espíritu, una creacion de vuestra fantasia una reminiscencia de vuestra memoria? ¿Teneis la certidumbre de que aquello era una realidad y no un reflejo extravagante del recuerdo?

Lúmen.—Esa fué la primera reflexion que ocurrió á mi espíritu. Pero era para mí tan evidente que tenía á la vista el París del año 93 y los sucesos del 21 de Enero, que no pude dudarle mucho tiempo. Y además, esa explicacion estaba de antemano refutada por el hecho de haberme precedido los ancianos en la misma observacion, que veian, analizaban, y se comunicaban la accion presente, sin conocer en modo alguno la historia de la tierra, sin saber que yo conocia esa historia. Por otra parte, teníamos á la vista *un hecho presente* y no un hecho pasado.

Sitiens.—Pues entónces, si lo pasado puede fundirse así en lo presente; si la realidad y la vision se unen de ese modo; si personajes muertos hace mucho tiempo pueden ser aún vistos moviéndose en su escena; si las construcciones modernas y las metamórfofis de una ciudad como París pueden desaparecerse y dejar ver en su lugar la ciudad de otro tiempo; si, en fin, el presente puede desvanecerse ante la resurreccion de lo pasado ¿en qué certidumbre podremos de hoy más tener confianza? ¿Qué será de la ciencia y de la observacion? ¿Qué de las teorías y de las deducciones? ¿En qué se fundan los enocimientos que más sólidos nos parecen? O si estas cosas son ciertas ¿no debemos desde hoy dudar de todo ó creer en todo?

Lúmen.—Esas consideraciones y otras muchas me han absorbido y atormentado, amigo mio; pero no han adquirido la certidumbre de que teníamos *presente* ante la vista el año de 1793, pensé en seguida que la ciencia misma, en lugar de combatir aquella verdad (porque dos verdades no pueden oponerse una á otra) debia darme su explicacion. Interrogué á la física, y esperé su respuesta.

Sitiens.—¿Cómo! ¿El hecho seria real?

Lúmen.—No sólo real, sino además comprensible y demostrable. Examiné, primero, la posicion de la tierra en la constelacion del serpentario de que os he hablado. Al orientarme relativamente á la estrella polar y al zodiaco, noté que las constelaciones no eran diferentes de las que se ven desde la tierra, y aparte algunas estrellas particulares, su posicion era sensiblemente la misma. *Orion* reinaba aún en el Sur; la *Osa mayor* detenida en su curso circular, señalaba todavía el Norte. Ateniéndome á las coordenadas de los movimientos aparentes, en adelante suspendidos, determiné entónces que el punto en que veia la tierra debia señalar la décimasétima hora de ascension directa, es decir, próximamente la línea del grado 256. (Yo carecia de instrumentos para tomar una medida exacta.) Observé, en segundo lugar, que se encontraba hácia el grado 44 distante del polo Sur. Estas averiguaciones tenian por objeto hacerme conocer la estrella en donde estaba entónces. Me hicieron llegar á esta conclusion; que yo debia estar en un astro situado hácia el grado 76 de ascension recta y hácia el grado 46 de declinacion boreal. Por otra parte, las palabras del anciano me habian hecho saber que el astro en que nos encontrábamos no estaba muy léjos de nuestro sol, puesto que éste era uno de los astros vecinos. Con ayuda de estos datos pude fácilmente recordar qué estrella concordaba con las posiciones determinadas. Una sola correspondia á ellas; la estrella de primera magnitud alfa del *Cochero*, nombrada tambien *Capella* ó la *Cabra*. No habia la menor incertidumbre en este punto. Así, yo entónces estaba seguramente en un mundo dependiente del sistema de esta estrella. Entónces, traté de recordar cual era la parálaje de aquella estrella. Recordé enseguida que

un astrónomo ruso, amigo mio, la había calculado, y que confirmando su cálculo, se estimaba la parálaje en 0'046. Adelantaba rápidamente hacia la solución del misterio, y mi corazón palpitaba de alegría. Todo geómetra sabe que la parálaje indica matemáticamente la distancia en unidades de la magnitud que se emplea. Yo iba pues, á conocer la distancia que separa aquella estrella de la tierra: bastaba para esto buscar el número que corresponde á 0'056. Nada más fácil: ese número es evidentemente 4.484,000. Aplicado al rayo de la órbita terrestre, y expresado en millones de leguas, ese número es de 170.392,000. Así, del astro en que me encontraba, para ir á la tierra, había una distancia de 170 trillones, 392 millones de leguas. Lo principal estaba hecho, y el problema estaba en sus tres cuartas partes resuelto: ved aquí ahora el punto capital, sobre el cual llamo toda vuestra atención, porque en él reside la explicación de la más extraña de las realidades. Vos sabéis que la luz no recorre instantáneamente la distancia de un lugar á otro, sino sucesivamente. Tampoco habreis dejado de notar que al arrojar una piedra en un depósito de agua mansa, alrededor del punto se suceden una serie de ondulaciones. Así se trasmite el sonido en el aire cuando pasa de un punto á otro. Así se trasmite la luz en el espacio: se trasmite de estación en estación, por ondulaciones sucesivas. La luz de una estrella emplea, pues, cierto tiempo en llegar á la tierra, y esto depende naturalmente de la distancia que separa á la estrella de la tierra. Ahora bien; vos sabéis que la luz camina con una velocidad de 77,000 leguas por segundo. Estando, pues, la estrella Capella alejada de la tierra por la distancia mencionada, es fácil calcular, á razón de 77.000 leguas por segundo, cuánto tiempo necesita la luz para recorrer este intervalo. Hecho el cálculo, dá 71 años, ocho meses y 24 días. El rayo luminoso que parte de Capella para llegar á la tierra, necesita, pues, una marcha no interrumpida de 71 años, 8 meses, 24 días. De igual modo, el rayo luminoso que sale de la tierra dirigiéndose á la estrella, no llega sino después del mismo tiempo.

(Se continuará).

MISCELÁNEA.

Persecuciones infructuosas.—Uno de nuestros corresponsales de la América del Sud nos dice lo siguiente, desde Guayaquil: «Le suplico encarecidamente que no nos mande nada por la mala, ni por el correo, pues el gobierno de esta república ha ordenado que los empleados de la Administración de correos, los de Aduana y todos los demás estén en observación, para confiscar los periódicos ó cualquier otro documento y libros, á fin de entregarlos á las llamas.»

Esta conducta se comenta por sí misma, y nada diríamos acerca de ella, á no tener que repetir lo de siempre: todo eso y aún mucho más que se haga, es completamente infructuoso. Las ideas no se queman, ni se confiscan, y cuando cosas tales se hacen con los escritos donde están vertidas, se las dá mayor prestigio, se las reviste de la aurora de la persecución, y en definitiva se acrecienta su interés. ¿Quién ignora esto en nuestros días?

El camino de destruir el Espiritismo es otro, y os lo vamos á decir, para que procureis la destrucción de nuestras creencias. Predicad otras que consuelen más á los afligidos y que satisfagan más á las lógicas exigencias de la razón humana, y no lo dudeis, todos dejaremos el Espiritismo para engrosar las filas de vuestra doctrina.

Mientras así no lo hagais, vuestras ridículas persecuciones, en vez de dañarnos, nos favorecen.

* * *

El libro del Sr. Villegas.—En nuestro número anterior ofrecimos ocuparnos de él, y vamos á cumplir nuestra palabra. El Sr. Villegas, haciendo prueba de una brillante erudicion histórica y de un criterio desapasionado, encuentra en todos los pueblos y en todos los tiempos la comunicacion de los encarnados con los desencarnados. El hecho es siempre el mismo; lo que varia es la interpretacion y las aplicaciones. El Espiritismo, pues, en uno de sus principios más combatidos es tan antiguo como el planeta que habitamos. Hé aquí lo que claramente se desprende de las preciosas investigaciones pacientemente llevadas á cabo por nuestro distinguido hermano. Por este concepto y por los abundantes pensamientos notables que contiene, recomendamos á nuestros lectores la referida obra, muy útil en especial para la controversia.

Nuestro hermano Villegas nos permitirá que le señalemos como un defectillo de su apreciable libro, cierto descuido en el estilo, que contribuye á oscurecerlo algun tanto.

* * *

El Espiritismo en la escena.—La aplaudida compañía dramática del Sr. Mayeroni, que al presente actúa en el teatro de la Alhambra, en Madrid, ha puesto en escena una comedia, titulada *Espiritismo*. En su argumento toma una parte importantísima nuestra doctrina, lo que nos alegra, y no poco, por más que el autor de aquélla se haya propuesto desacreditar con su obra las creencias espiritistas. El arma poderosa del ridículo no ha conseguido hacer empero, mella en la nueva ciencia, y el *Espiritismo* sólo ha logrado demostrar que pueden existir malos espiritistas, y que de semejantes creencias, como de otras cualesquiera, podíase hacer mal uso. Para demostrar esto, que es tan viejo como todas las vulgaridades, no valia la pena de escribir una comedia. Nosotros lo decimos en todos nuestros artículos sobre Espiritismo, y las obras, que de éste se ocupan, lo repiten hasta la saciedad.

Sin embargo, como *no hay mal que por bien no venga*, la comedia representada por el Sr. Mayeroni no dejará de producir sus frutos, pues muchos serán los que, habiendo ido al teatro de la Alhambra para reir, habrán salido pensando sobre las creencias espiritistas. Lo que sabemos de positivo es, que la comedia *Espiritismo* ha motivado un magnífico artículo crítico de semejante produccion, debido á la pluma de nuestro hermano Palet y Villaba; artículo que pone las cosas en su verdadero lugar, y por el que felicitamos muy cordialmente á nuestro hermano de Madrid. Vengan, vengan burlas al Espiritismo, pues todas ellas redundarán, al fin y al cabo, en beneficio suyo.

* * *

Otra evasiva.—Al tiempo de entrar nuestro número en máquina, hemos recibido el diario madrileño EL UNIVERSAL del 9 del corriente, el que contiene un notable artículo del Sr. Vizconde de Torres Solanot, cuyo título es: EL ESPIRITISMO Á LA LUZ DE LA RAZON, *Evasiva del P. Sanchez*. Todo cuanto nosotros pudiéramos decir seria pálido al lado de las razones é incontrovertible lógica que nuestro muy querido hermano des-

plega en su escrito, de consiguiente, sólo diremos que el P. Sanchez que en el Ateneo de Madrid calificó el Espiritismo de «escandalosa superchería» y trató á los espiritistas de un modo muy poco conveniente, el que aceptó la discusion digna que el señor Torres Solanot le propuso, se ha retirado ahora evadiendo la polémica. Siendo muy extenso el artículo de EL UNIVERSAL nos vemos en la imposibilidad de darlo á conocer íntegro á nuestros lectores, por lo que les recomendamos su lectura.

Una obra corregida.—En el número tercero, si no nos equivocamos, de la hoja espiritista, que con el título de *Revelacion tercera* vé la luz pública en esta capital, hemos leído con sorpresa anunciada la obrita *El Espiritismo en su más simple expresion* de Allan Kardec, «notablemente corregido por su autor, desde ultra tumba.» Para los espiritistas este anuncio reviste una importante gravedad, puesto que se trata no yá de cuestiones de reglamentacion, sino de doctrina; no yá de un espiritista de segunda fila, sino del gran propagandista de nuestras creencias, del Maestro, como con razon puede llamársele.

¿Son realmente suyas las correcciones que como suyas se anuncian al público? Nosotros no tenemos datos, para negarlo ó afirmarlo; pero hemos de recordar aquí, que, además de la comprobacion de la razon filosófica y desapasionada, la doctrina espiritista reconoce la de la universalidad de la enseñanza, siempre la misma en esencia, aunque se obtenga en diversos centros y por distintos médiums. Los editores del nuevo *Espiritismo en su más simple expresion*—que no son, ni nada tienen que ver con la «Propagadora Barcelonesa», en materia de publicaciones—¿se han ajustado á alguna de esas dos comprobaciones? En cuanto á la primera, nada sabemos; respecto de la segunda, contestamos negativamente. Preciso es, pues, que los espiritistas españoles se pongan en guardia contra ciertas adiciones y correcciones, que, publicadas bajo el nombre de Allan Kardec, tienen cierta importancia; pero que de ella carecen, desde el momento en que no han sido sometidas á los procedimientos verdaderamente espiritistas. Esto decimos, por amor á la doctrina; esto repetiremos, por amor á la doctrina, tantas cuantas veces lo juzguemos necesario. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.* Para nosotros por encima de los espiritistas de todo el mundo, está el Espiritismo; y deseamos y rogamos muy encarecidamente, que, al más pequeño falseamiento de la doctrina en que incurramos, se nos haga presente, y con energía se censure nuestra conducta, si en ella persistimos. Creemos que haciéndolo así nuestros hermanos, nos prestarán un señalado favor.

Una impugnacion.—Nuestro estimado colega de Alicante, LA REVELACION, estampa en sus columnas algunos párrafos de una impugnacion que al Espiritismo dirige el canónigo Sr. Zarandona. Estamos ya acostumbrados, desde hace mucho tiempo, al lenguaje destemplado que contra nosotros vienen usando los romanistas, pero creemos que ninguno ha llevado ventaja en esto, al citado canónigo.

Nos trata, á los espiritistas de «calaveras, pícaros redomados,» y no para su enoñada saña en nosotros, sino que la emprende aún con los que han dejado esta vida, pues llama «quidam» á Allan Kardec y le apellida en son de desprecio *Perico el de*

los palotes y Jaime el barbudo. Si tales palabras repugnan en boca de personas que se tienen por decentes, ¡qué efecto causan en uno que se titula sacerdote de Cristo!...

Es verdad que para el Sr. de Zarandona lo de Cristo es de poca importancia, puesto que despues de haber usado el nombre de «cristiano» refiriéndose al pueblo de Alicante, se corrige, diciendo, «*mejor, católico público alicantino.*» Para ese buen romanista saturado de espíritu farisáico, ¿serán de mas importancia las doctrinas y mandamientos de hombres que los de Dios, y el Cristo su Mesías? No es esta la primera vez que vemos pospuesto el Cristianismo al catolicismo, no es la primera vez que en boca de algunos que se titulan católicos, vemos lo divino dejado como accesorio y lo humano elevado como fundamental. Al fin y al cabo, *conviene* más así.

Contiene el citado extracto de la impugnacion del Sr. Zarandona una comparacion, para demostrar que Cristo es Dios, que nos ha chocado por lo original. Dice así: «El Padre es Dios: luego el Hijo de este Padre Dios, es Dios, *como el hijo de la leona es leon...*» Creemos que el Sr. Zarandona no habrá leído sus cuartillas antes de darlas á la prensa, porque de lo contrario hubiera notado [y corregido esta sacrilega comparacion.

Por último, añadiremos, que el escrito del canónico Sr. Zarandona, que copia LA REVELACION, está salpicado de frases y comparaciones, tan poco dignas, que no queremos ocuparnos de su análisis, pues quizá faltaríamos más de una vez á la caridad, si las censuráramos del modo que se merecen.

Opúsculo notable.—El Sr. D. Julio Soler ha tenido la bondad de remitirnos el último de sus importantes opúsculos que forman la coleccion de *El amigo de la juventud*, titulado la *Religion universal en el siglo XIX.* (1)

Vasto es por demás el asunto para ser tratado en un folleto de tan cortas páginas, como el que nos ocupa, pero el autor ha sabido sintetizar sus ideas y resumir su trabajo, de modo, que el hombre pensador no puede ménos de entregarse á profundas reflexiones despues de haber leído su interesante opúsculo. En la imposibilidad de reproducir aquí todo lo notable que en tan pocas páginas encierra, porque desde el principio al fin todo lo es del mismo modo, tomamos este al azar, que dá una ligera idea del buen criterio que preside á todo el escrito.

«El sér inteligente, racional, moral y espiritual que llamamos *hombre*, no pertenece exclusivamente al planeta que ocupa, y que llamamos *Tierra*; sinó que es parte integrante de las humanidades de los astros poblados que contiene el Universo, ó al ménos de las que plueblan los planetas de nuestro sistema solar; así como el marino no pertenece exclusivamente á la tripulacion del buque en que está embarcado, sinó que es parte integrante de la armada, ó al ménos de la division á que pertenece dicho buque, puesto que buque y tripulantes, obedecen todos á un mismo gefe, á una misma ordenanza, ó sea á una misma ley general. Lo mismo sucede respecto á la tierra y sus habitantes, que no flotan al acaso por la inmensidad de los espacios, sinó que obedecen, lo mismo que los demás astros y humanidades respectivas, á un mismo gefe supremo, á una misma ordenanza, ó sea á una misma ley universal.»

(1) Véndese en Mahon en la tipografía de Fábregues, hermanos, y en Barcelona librería de Cerdá.